

SOTOMAYOR, María Lucía y URIBE, María Victoria
1987 *Estatuaria del Macizo Colombiano*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología.

En el curso del desarrollo de las disciplinas científicas surgen con alguna frecuencia ideas que tan pronto se escuchan parecen obvias, elementales, lógicas y que no obstante no se le ocurren a todo el mundo. Así cuando en el año de 1981 a las antropólogas María Victoria Uribe y María Lucía Sotomayor se les ocurrió hacer un inventario completo y detallado de las tallas líticas de las regiones de San Agustín, Tierradentro, Valle de la Plata, Norte de Nariño y Alto Cauca, a todos en el Instituto Colombiano de Antropología les pareció aquello lo más natural y sencillo. No obstante que hubieran pasado algo más de dos siglos desde el descubrimiento de la estatuaria, setenta años desde que los primeros arqueólogos habían puesto el pie en San Agustín y casi treinta desde la fundación de los Parques Arqueológicos, a nadie se le había ocurrido la sencilla idea, o por lo menos nadie se había animado a ponerla en práctica.

El trabajo de recopilación exhaustiva y sistemática de datos ha caído en desprestigio en la arqueología, especialmente desde que se han impuesto las técnicas de muestreo y la peligrosa tendencia de utilizar sólo los fragmentos de evidencia que sirven para apoyar las hipótesis prefabricadas. No obstante, el inventario exhaustivo tiene virtudes que nunca serán revaluadas: en primer lugar permite conservar el registro documental de vestigios que se deterioran o desaparecen como consecuencia de múltiples factores irreversibles e inevitables; en segundo lugar, es la única metodología de trabajo que permite reunir el universo de los datos e interpretarlos cada uno en su contexto. Así pues que, dejando de lado por el momento el problema de la interpretación de contexto, por el sólo hecho de constituirse en una

recopilación exhaustiva, sistemática y cuidadosa de los datos el libro "Estatuaria del Macizo Colombiano" es un documento llamado a permanecer. Y ésto es, quizá, lo mejor que pueda decirse de cualquier libro.

Pero como al hacer un análisis crítico de un libro es necesario detenerse en detalles y profundizar en la metodología, vale la pena hacer algunas observaciones; más aun cuando se ha asistido, al menos en parte, al proceso de gestación de la obra y cuando en algunas ocasiones se ha tenido la oportunidad de discutir ideas y resultados preliminares.

Es una lástima que no se haya aprovechado el dispendioso trabajo de reconocimiento en terreno de cada estatua para identificar y anotar el tipo de material en el cual fue elaborada. Ya se cuenta desde hace varios años con un estudio geológico (Tello, Hernán. Geología de algunos sitios arqueológicos, 1981) y los dos tipos de rocas utilizadas para la talla son fácilmente reconocibles. Este detalle tiene su importancia, pues el tipo de roca influye en el color de las estatuas, el tamaño máximo y las proporciones (grosor vs. altura) y en el estado de conservación. El tenerlo hubiera permitido establecer probables correlaciones de gran interés entre el tipo de material y las formas y ubicaciones de las estatuas.

Un hecho que puede sorprender, a primera vista, es el referente a las ilustraciones. Lo más común suele ser que en los catálogos se utilice la fotografía como medio de registro gráfico y no el dibujo. En este libro el uso del dibujo constituye un acierto notable ya que permite una nitidez que la fotografía raras veces alcanza; en efecto, al

comparar los trazos claros y sencillos de los dibujos que conforman el grueso del libro con los borrones indescifrables de la "muestra fotográfica" de las últimas páginas no podemos dejar de sentir un alivio y agradecer el buen juicio de las autoras en cuanto al material gráfico. Sin embargo, los dibujos no son todo lo buenos que hubiera podido desearse; al recorrer las páginas y observarlos unos tras otros se siente la inconfundible sensación de asistir al desfile de las imágenes planas; el volumen que caracteriza a estas moles de piedra no logró plasmarse sino en uno que otro dibujo ya que el uso de las sombras y el punteado son deficientes. Algo que parece inverosímil, tratándose de dibujo técnico, es la ausencia absoluta de escala. Podría argumentarse que ésta dificultaría la presentación puesto que las dimensiones van de unos pocos centímetros hasta los dos y más metros, pero, aún así podrían haberse utilizado diferentes escalas para rangos de tamaños, evitando de tal modo, omitir un elemento que en el dibujo arqueológico es norma desde las más lejanas épocas.

Si se toma en cuenta que los objetivos del catálogo rebasan el marco descriptivo y pretenden incursionar en la interpretación, entonces, forzosamente, tendríamos que preguntarnos por qué no se amplió la base de datos complementarios que necesariamente aportan alguna luz en el campo interpretativo. Por qué conformarse con una introducción redactada para cumplir con un requisito formal de presentación y no iniciar en ella desde el primer momento una discusión amplia y profunda. Y es que los elementos para discutir sobre San Agustín y el Macizo Colombiano, aunque dispersos, sí existen y están presentes en múltiples vestigios además de la estatuaria. Existe por ejemplo la vinculación de su orfebrería con la tradición metalúrgica del suroccidente; un factor que permite vislumbrar lazos comunes y patrones extendidos sobre una extensa área. Existe, igualmente, relación entre los complejos cerámicos de los periodos Florqueta e Isnos con conjuntos semejantes de Tierradentro, el área Calima y el Valle Medio del Río Cauca. Y hay, finalmente, toda una serie de vestigios que permiten situar el floreci-

miento del área en uno de los periodos culturales más investigados y discutidos de la prehistoria colombiana: el de los cacicazgos tempranos. Se estuviese o no de acuerdo con la validez de uno u otro cuerpo de datos o con uno u otro de los planteamientos, lo que no puede negarse es que allí había un riquísimo filón que no merecía ser ignorado.

El texto central en el cual se hace la descripción de la estatuaria y se busca aclarar su ubicación y contexto, constituye un excelente ejemplo de arqueología de los textos; un minucioso trabajo de excavación en las tediosas páginas de Preuss, Codazzi, Pérez de Barradas y tantos otros que dejaron fragmentos de información, muchas veces inconexos, pero valiosos por su carácter original. Molesta un poco que se introduzcan, sin explicación, términos nuevos para la arqueología, más cuando como en el caso del "graffiti" éstos ni son castizos ni tampoco reflejan el verdadero carácter de lo que se designa. Algo especialmente peligroso en arqueología es dar por comprobado lo que no es más que una convicción personal: ésto parece estar sucediendo cuando intempestivamente se describen varios "petroglifos tardíos" (Págs. 185 y ss.) pese a que no hay fechas asociadas ni ningún otro tipo de evidencia que permita asignarles una posición cronológica aproximada. Si fueron clasificados como tales con base en su estilo entonces se estaría yendo en contra de uno de los postulados básicos de la interpretación (Pág. 275). Por este mismo camino sería fácil hablar de lo "temprano" y lo "clásico" y se llegaría exactamente al mismo sitio al cual Duque, Reichel-Dolmatoff, Barney Cabrera y Gamboa Hinestrosa habían llegado hace varios años; pero entendemos que ésto no era el propósito precisamente.

En primer lugar cabría preguntarse: qué tipo de análisis debe corresponder al tipo de inventario adelantado? Así como a un inventario parcial sólo puede corresponder un análisis parcial, a un inventario total debería corresponder un análisis total. Es inexplicable que si se ha registrado cada característica relevante de cada estatua, a la hora del análisis se prescindiera de explotar el riquísimo campo de las interrelaciones,

las correlaciones estadísticas y las asociaciones de rasgos, orientaciones, tamaños, etc. Las autoras se han limitado a un análisis manual ignorando que hace ya algunas décadas inclusive la arqueología ha entrado a la era de las computadoras. Así pues, la distribución macro-espacial de la iconografía (págs. 276 y ss.) es parcial y carece de validez para acercarse a conclusiones definitivas; más cuando se considera que los rasgos iconográficos mapeados se escogieron a priori (... "se consideran de gran importancia"...).

La falta de un análisis estadístico sólido y concluyente lleva a las autoras por caminos bien extraños en la interpretación. Es así como, por ejemplo, se aborda el asunto de la probable relación de la distribución de la estatuaria con los patrones de poblamiento y para discutirlo se recurre a una cita sobre poblamiento del siglo XVIII; la salida a tan confusa situación consiste en argumentar que los constructores de estatuas pudieron haber sido originarios de la región amazónica y por tanto identificables con los indígenas a quienes se refiere la mencionada cita. Por el camino han quedado olvidados más de mil años que separan el período de la estatuaria y la cita sobre poblamiento, y más de tres incógnitas, que de ser tomadas en cuenta, invalidarían totalmente esta argumentación.

Desafortunadamente el resto de la interpretación no es mejor. Hay muchos intentos, se exploran múltiples caminos pero todo queda en un nivel de superficialidad. Persiguiendo bases que permitan sustentar la idea de la expresión del pensamiento dual o de las triadas se recurre con frecuencia a citas referentes a grupos del Amazonas que aquí están fuera de contexto y que,

finalmente, no logran conectarse coherentemente con la iconografía.

Especialmente confuso es el apartado en el cual se discute el canibalismo ritual. Salta a la vista, en primer lugar, el uso del término "neolítico" que en el contexto americano es, por lo menos, absurdo. Toda la discusión que sigue se cae por sí sola cuando no se logra encontrar en la estatuaria ningún rasgo iconográfico o combinación de ellos que puedan, con certeza, tomarse como indicadores de canibalismo. Si se trataba de especular en la misma forma en que se hacía hace cuarenta años, entonces para qué tomarse el trabajo de hacer un inventario global?

Hay en la bibliografía que acompaña al trabajo algunas omisiones; es difícil explicarse por qué no figuran allí documentos que a las autoras les sirvieron de base para elaborar mapas, localizar sitios, reproducir cuadros cronológicos y en este sentido que el trabajo de Langebaek sustentara parte de la discusión introductoria. Tampoco figuran otros trabajos publicados que conciernen directamente a obras de trabajo en piedra.

Para concluir esta breve discusión me voy tentado a volver a la afirmación que hice en el comienzo: el valor de este libro y el factor que le dará permanencia como documento de estudio es el haberse constituido en el primero y más completo de los inventarios de estatuaria de esta región. Por lo demás y en cuanto se registran fallas tan protuberantes en el proceso de inventario, contextualización y desarrollo de la interpretación necesariamente habría que decir que se trata de una excelente idea deficientemente ejecutada.

Roberto Lleras Pérez

LANGEBAEK, Carl Henrik

1987 *Mercados, Poblamiento e Integración Étnica entre los Muiscas. Siglo XVI* Bogotá, Banco de la República.

Las sociedades encontradas por los conquistadores sobre el altiplano cundiboyacense en el siglo XVI, y denominadas de manera genérica como Muiscas, han sido consideradas como de las más complejas de América. Si bien esta opinión es compartida por un gran número de investigadores, otros encuentran difícil aceptarla, considerando los escasos datos arqueológicos, históricos y etnohistóricos que respaldan esta afirmación. En este sentido que el trabajo de Langebaek constituye un aporte significativo. La "recuperación" de materiales de archivo y el manejo que de los mismos hace el autor contribuyen a producir una imagen global de estas sociedades en el siglo XVI, que de otra forma no se hubiera logrado.

El autor centra su interés en el estudio y análisis de la circulación de productos, tanto dentro del territorio Muisca como fuera de él. Para ello examina algunas propuestas consideradas como básicas: "... a través del análisis sistemático de la circulación de productos es posible afirmar que los habitantes del altiplano tenían una economía autosuficiente en lo que respecta a la producción de comida y medios de trabajo; segundo, que a pesar de lo anterior el intercambio no estaba desarrollado al punto que necesitara de un manejo a cargo de especialistas, o la existencia de un artículo de equivalencia general a modo de moneda, o la movilización de grandes cantidades de productos; tercero, desde el punto de vista de la organización política, que el intercambio en los mercados muiscas servía de incentivo a la integración de los indígenas de lengua chibcha, a la vez que las diferencias étnicas eran un obstáculo para el movimiento de gente a través de fronteras culturales; y cuarto,

que las pautas de tributo y redistribución de artículos se pueden considerar como un manejo centralizado de excedentes comunales en beneficio de los indígenas en general, y no de un grupo pequeño de individuos especializados" (pág. 15). Estas premisas no fueron estudiadas de manera aislada; puesto que en ellas se articulan la organización social y política, la tecnología y los diferentes productos y procedimientos que son empleados por los grupos para relacionarse con el ambiente. De allí que se diera cabida a aspectos tan importantes como los sistemas de parentesco, la residencia, la sucesión, el patrón de asentamiento y la localización de las diferentes confederaciones a la llegada de los conquistadores.

El libro "Mercados, Poblamiento e Integración Étnica entre los Muiscas. Siglo XVI", plantea nuevas discusiones sobre los pobladores del altiplano cundiboyacense, no solamente durante el siglo XVI sino desde su aparición en la cordillera; igualmente señala nuevos caminos para ser explorados.

Langebaek ha buscado enmarcar la producción agrícola de los cacicazgos muiscas dentro del esquema que fuera propuesto por Murra (1975)¹ del control de diferentes pisos térmicos. Sin embargo, al aplicar este esquema el autor deja de lado los territorios entendidos como áreas específicas sobre las cuales los cacicazgos ejercieron un control político. De esta manera y a partir de los productos se homogeniza el espacio y se olvidan

1 MURRA, John
1975 *Formaciones Económicas y Políticas del Mundo Andino* Lima, Instituto de Estudios Peruanos.